



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES

DOMINGO MUÑOZ



Este célebre pintor,
que gana mucho dinero,
es de los que dan honor
á España en el extranjero.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Viaje por los espacios imaginarios, por José Estremera.—A la luna, por Eduardo de Palacio.—Carta abierta, por *Fray Candil*.—Aplica el cuento, por Luis de Ansorena.—A grandes males....., por Sinesio Delgado.—Una venganza, por Fermín Gil de Aincildegui.—¡Cómo cambian los tiempos!, por Julio de las Cuevas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Domingo Muñoz.—Viajes extraordinarios.—Categorías, por Cilla.



La ciencia no se da punto de reposo para buscar el medio de devolvernos la salud, y hoy se inventa un emplasto, mañana un vejigatorio, y al día siguiente una cuchilla para cortar carne humana con equidad y aseo.

Muchas veces estamos malos porque queremos, pues hay mil fórmulas, preconizadas por la ciencia, que curan las bronquitis y el hipo y la fatiga y hasta el flato amoroso, que es una de las enfermedades que más víctimas produce en el ramo de jóvenes sensibles y feos.

Recientemente hemos sido invitados á la inauguración de un gabinete médico especial de *aeroterapia* y *atmiatria*, establecido por los Sres. Hormaechea y Sáinz en la calle de las Hileras, y allí hemos podido convencernos de que el que se muere es un tonto, ó un distraído, ó un ser sin ilustración y sin nada.

El nuevo gabinete encierra aparatos maravillosos, merced á los cuales puede un hombre respirar en toda clase de atmósferas: desde la atmósfera embalsamada de un jardín ameno, hasta la húmeda y mal oliente de un subterráneo misterioso.

Para obtener estos beneficios, no hay más que meter la nariz en una especie de jícara de porcelana, puesta en comunicación por medio de un tubo con la máquina productora del aire.

—Oiga usted— dice uno al médico.—A mí me han recomendado los aires del campo.

—Pues meta usted la nariz en la jícara—contesta el doctor.

Y con ayuda de ciertos productos químicos, crea una atmósfera salúfera, que va á parar á los pulmones del paciente, saturándolos de tomillo y hierbabuena.

Esto de hacer aire á gusto del consumidor es una de las conquistas más preciadas del presente siglo, porque muchos, aunque no estén enfermos, querrán respirar, verbigracia, aire de provincias, ó de Ventas del Espíritu Santo, ó de casa de huéspedes barata, y pueden realizar su capricho con sólo presentarse en el gabinete aeroterápico de la calle de las Hileras.

Cuando se generalice la costumbre, además de los enfermos que hoy buscan allí alivio para sus dolores, habrá alguna madre cariñosa que irá á decir á los médicos del establecimiento:

—¿Podrían ustedes proporcionarme una atmósfera dulce y saturada de aromas? Es para una hija mía, que me ha salido literata y no puede respirar el aire emponzoñado de este mundo falaz y miserable.

Los asmáticos están de enhorabuena, pues allí tienen aire barato y juventud interina. Hay alguno de éstos que coge el tubo por su cuenta, y se está respirando toda la tarde, hasta que van á decirle:

—Basta, D. Nazario, que vamos á cerrar.

—¡Ay! ¡Esto es gloria!—contesta él.—Cuando me agarro al tubo, parece que me transportan á Castellón de la Plana y que estoy en el año 46, cuando yo era cadete y tenía relaciones con una planchadora.....

El nuevo establecimiento viene á aliviar la suerte de los periodistas, que viven condenados á la atmósfera insana de los cafés y del salón de conferencias. Ahora podremos respirar el aire apacible del campo el día que se nos

antoje, pues bastará con que digamos al doctor Hormaechea:

—Buenas tardes.

—Servidor de usted.

—¿Es aquí donde se puede respirar?

—Sí, señor.

—Pues bien: hágame usted el favor de darme cinco duros de aire de mi tierra.

—¿Lo quiere usted seco?

—Si puede ser, démelo usted con algo de humedad, porque soy de Bilbao y allí llueve mucho.

Y no dejará de haber algún inocente que pregunte á los directores del nuevo establecimiento:

—¿Podrán ustedes darme un poco de aire de familia?

Continúan los rayos, es decir, continúan la cartas por el correo interior denunciando abusos, para que los corrija desde aquí, como si yo fuera el Hacedor de todo lo creado ó el que tiene á su disposición la caja de los truenos.

Hoy son dos señoritos los que se nos dirigen, y uno se queja de que en algunos teatros se representan obras sin pies ni cabeza; y otro dice que las señoras no dejan ver el escenario, porque usan unos sombreros que son verdaderas exposiciones de aves, plumas y repollos.

Pues bien, amigos míos, no hay medio de evitar estos abusos. Los autores escriben todo lo mejor que saben, y las señoras se engalanan con arreglo á los figurines vigentes. Ni á los unos ni á los otras podríamos convencerles nunca. Vaya usted á decirle á un autor de esos:

—Fulanito, no escriba usted, ¡por la Virgen Santísima! ¿Qué daño le ha hecho á usted el público para tratarle de ese modo? ¿Por qué no se mete usted á sacerdote, que es una carrera fácil y socorrida?

El autor que esto oyese se pondría furioso, y aun es posible que contestara:

—¿Tengo yo cara de presbítero? ¿Se figura usted que podría acostumbrarme al bonete? Pues no, señor: yo soy tan humorista como cualquiera, y si mis obras no gustan, es porque no saben hacerlas los cómicos.

Respecto de las señoras, primero se dejarían hacer pedacitos que prescindir de los sombreros, y aun no hace muchos días que me decía una dama ya característica:

—Una señora sin sombrero, es como un día sin sol ó un alcalde en calzoncillos. Ahora me están haciendo uno precioso, con tres pájaros fritos dentro de una cesta de algodón en rama y dos manojos de espigas. Pienso estrenarle en la Comedia.

—¿Cuándo?

—El jueves.

—¡Desventurado!

—¿Quién?

—El espectador que se siente detrás.

La otra noche oímos decir á un abonado del Español:

—Vaya, abur; me voy á la cama.

—¿No ve usted el segundo acto?

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Porque tengo delante una señorita que lleva en la cabeza dos coliflores, y sólo he conseguido verle las barbas á Donato Jiménez en un momento de excitación, cuando *Pedro el bastardo* le roba la hija, y él cae sobre un banco después de enjuagarse la boca con media docena de redondillas..... Todavía no he podido averiguar si es que cae herido por la espada de Valentín ó por los versos que le disparan los servidores del conde.

De todo esto resulta que no se puede ir al teatro, y que tienen mucha razón mis simpáticos y desconocidos comunicantes.

LUIS TABOADA.

VIAJE POR LOS ESPACIOS IMAGINARIOS (x)

Aquella preciosa sílfide
tendióme su blanca mano,

causándome dulce vértigo
su delicioso contacto.

(x) Véase (si se quiere) el núm. 300.

Me dijo amorosa:—Sígueme.
Y por sitios encantados
llevóme á un río cerúleo,
tranquilo, sereno y claro.
Allí vi un barco magnífico
por la linfa acariciado,
que entre las plantas acuáticas
estábase columpiando.
Hecho de cedro del Líbano
y de plata y oro el casco,
ostentaba bellos nácares
y rubíes y topacios.
Entramos en él, y súbito
vimos cruzar el espacio
una bandada de tórtolas
que, hasta nosotros bajando,
á nuestro barco engancháronse
con hilos de seda y tamo,
y á flor de la linfa, rápidas,
alegremente volaron.
Dejando una estela fúlgida
iba en pos de ellas el barco,
y en él la ninfa, sentándose,
me hizo echar en su regazo.
—En tanto que á tus alcázares,
hermosa ninfa, llegamos
—le dije,—si quieres, cuéntame
toda tu vida y milagros.
Miróme tierna la sílfide
con los ojos entornados,
y, en complacerme solícita,
me dijo:—Voy á contártelos.

**

Yo soy hija de una flor
—dijo la hermosa doncella—
y de un suspiro de amor
que un amante trovador
lanzó una vez sobre ella.
Viviendo siempre entre flores,
entre luces y entre olores
hermosos días pasaron;
los céfiros me mimaron
y el sol me dió sus colores.
La luz de la blanca luna
mi sueño veló amorosa,
y me servía de cuna
un pétalo de una rosa
que flotaba en la laguna.
Cuando el día despuntaba,

un cefrillo travieso
con mi madre me llevaba,
y al darle yo un dulce beso,
ella su aroma me daba.

Nodriz de las más fieles
tuve en una abeja allí,
que en encantados verjeles
libaba sabrosas mieles
para dárme las á mí.

Diversiones caprichosas
solía tener y extrañas,
pues pasaba horas dichosas
meciéndome en telarañas
y montando en mariposas.

Ya el eco de las canciones
del ruiseñor perseguía,
ya hasta elevadas regiones,
asida á un vilano, hacía
peligrosas ascensiones.

Pero una triste mañana
hallé, con pena infinita,
que mi madre, antes galana,
perdió sus tintas de grana
y estaba lacia y marchita.

Cuando á su lado llegué
con triste voz exclamó:
—Una oruga me mató;
hija mía, véngame.
Cayó del tallo y murió.

Pero yo en la oruga odiosa
tomar venganza no puedo,
que al verla tan asquerosa
siento repugnancia y miedo,
y me pongo muy nerviosa.

—Si á tí te causa temor—
le dije,—dame tu amor,
que si me pagas tan bien,
atacaré con valor,
no á una oruga, sino á cien.

—Sí; tengo en tí confianza
—dijo, y alegres sellamos
con un beso la alianza,
y tiernos nos abrazamos,
diciendo:—Amor y venganza.

El barco á tierra llegó;
ella me dijo:—Allí está
mi enemiga.—Salté yo.....
Si tuve valor ó no,
otro día se sabrá.

JOSÉ ESTREMEIRA.

Á LA LUNA

¡Es la misma, la misma! Yo la vide
cuando era pequeñito;
la luna que alumbró á nuestros mayores
se conserva lo mismo.

Ella fué casta diva..... vino á menos,
y á diario la vimos
alternando en los Bufos con las chicas,
y á veces con los chicos.

Retratáronla artistas sin conciencia
en país de abanico,
pintándola con ojos de azabache
y nariz de lorito.

¡Cuántas noches las hebras argentadas
de tus rayos divinos
alumbraron coloquios de ternura
y plácidos idilios!

¡Cuántas veces, tendido en la pradera
y á mis solas conmigo
(como está todo aquel que se halla solo),
te miré con cariño.

Y es que tú eres la vida del poeta
que se ve mal vestido,
y que nunca se arriesga en pleno día
á lucir los botillos.

Multitud de muchachos te cantaron,
y todos por lo fino;
pero apenas llegaron con sus coplas
á pintar tus hechizos.

Por tí se han evitado más tropiezos
en lo que va de siglo
que días cuentas tú de primavera.....
¡Y ya tienes añitos!

Tú conservas las gracias infantiles
y en la tez ese brillo
que no habrá planchadora que le imite,
aunque sepa su oficio.

Tú alumbraste lo mismo á Costillares
que al que mató novillos,
y á Hernán Cortés, y no al actor, al otro,
á Hernán Cortés legítimo.

Yo al son de mi guitarra te he cantado,
y han muerto mis vecinos;
te admiro nueva, y llena te respeto,
me cargan los cuartillos.

Fueses entera siempre, y te verían
con gusto los toreros y maridos,
que por el mismo precio que les cuestas
vieran ellos más luna y más tranquilos.

EDUARDO DE PALACIO.

CARTA ABIERTA

(A UNA POETISA QUE ME PERSIGUE)

Amiga mía: usted y yo no podemos entendernos. Ignoro de dónde ha sacado usted que soy crítico. No hay tal cosa, como dicen mis enemigos, porque ha de saber usted que los tengo, á Dios gracias (es un decir). Verdad es que en esta época en que se halla

«en cada esquina cuatro mil poetas,»

ni más ni menos que en tiempo de *Tomé de Burguillos*, y quien dice poetas dice prosistas (poetas y prosistas malos, por supuesto), á cualquiera que les sacude un zurriagazo se le llama crítico, por la misma razón que al que confecciona zapatos, aunque parezcan, más que zapatos, canoas, se le llama zapatero.

Yo no soy crítico, que conste. Seré más ignorante que una zanahoria; pero sé distinguir, y digo lo que aquel que disputaba con un camueso: —Cierto que soy un mentecato, pero conozco que tú también lo eres, y pata.

Yo adoro en usted la peana por el santo, ó más claro: finjo que escucho sus versos de usted.... por usted, por su linda cara, dicho sea sin pizca de ironía, líbreme Dios. Usted será.... (¿á que digo una badajada?) una poetisa detestable (¡la solté!); pero lo que es hermosa, lo es usted. ¡Ah, hermosísima! (que me silben, si miento). Al igual de aquellos buenos frailes que se imponían todo linaje de privaciones y penitencias, á fin de alcanzar la gloria eterna—si la hay,—yo me impongo el sacrificio de oír las lamentaciones de su musa (que se parece mucho á la de Grilo), á fin de que usted.... ¡No todo se ha de decir como suena! Usted me entiende, es decir, lo supongo.

Ya que entre nosotros se ha abierto un abismo (estilo de poeta romántico con diabetes), no sería yo quien soy, es decir, un fraile, y como fraile, francote y rudo, si no la dijera á usted—aunque el corazón, ó lo que me haya quedado, que no lo sé de fijo, se me hinche de pena, como una esponja en el agua—la verdad, *toda la verdad*, que dicen al final de las comedias, y comedia—y no otra cosa—ha sido cuanto ha pasado entre los dos. Permítame usted que enjugue una lágrima que me está cayendo del ojo derecho, porque, para colmo de desdichas, tengo unos ojos que nunca están de acuerdo.... como los de Cánovas (no quiero decir que sea bizco): mientras el uno llora, el otro ríe; que llevo, como si dijéramos, á Heráclito y á Demócrito en la cara.

«¡Salid sin duelo lágrimas corriendo!»

que dijo el clásico. Créame usted, amiga mía: soy la criatura más sensible que puede usted imaginarse. No sabe usted el dolor que me produce tener que decir á usted—¡á usted, á quien yo, como Espronceda á Teresa, soñé levantar un trono, á pesar de ser usted tan desdichada poetisa!—tener que decir á usted que Dios, ó quien sea, no la ha llamado por ese camino, por el de las letras, de las letras que se pagan en las oficinas de la crítica á muchos años vistas.

Muy parecida—aunque de otra índole—á la antipatía que despertaban las matemáticas en Macaulay, al decir de sus biógrafos, es la antipatía que suelen inspirarme las mujeres literatas cuando no se llaman *Forge Sand*, *Fernán Caballero* ó Emilia Pardo. La misión de la mujer es otra, digan lo que digan esos propagandistas de la igualdad de.... los sexos.

¿Cabe cosa más ridícula que una literata cursi, de esas que dialogan con las estrellas y las flores, y, en cambio, ni se peinan ni alían, quizá porque el agua y los afeites no se avienen con el menosprecio de las frivolidades mundanas, tan natural en los espíritus superiores?

Es para reirse á toda orquesta, aunque luego quede en el alma el sedimento de la tristeza que suelen inspirar—lo digo por mí—las ridiculeces humanas, ver á esas sonámbulas pasarse la vida de redacción en redacción, de zoca en colodra, como quien dice, agarradas de los faldones de los críticos ó de los encargados de la sección literaria, con el objeto de que les publiquen sus hipos poéticos, y oír las luego, si el crítico las ha *tomado el pelo*, vomitar injurias, disparar cohetazos de odio, atribuyéndolo todo á la envidia, á la tradicional desdenosa prevención con que ocurre mirarse intelectualmente á la mujer.

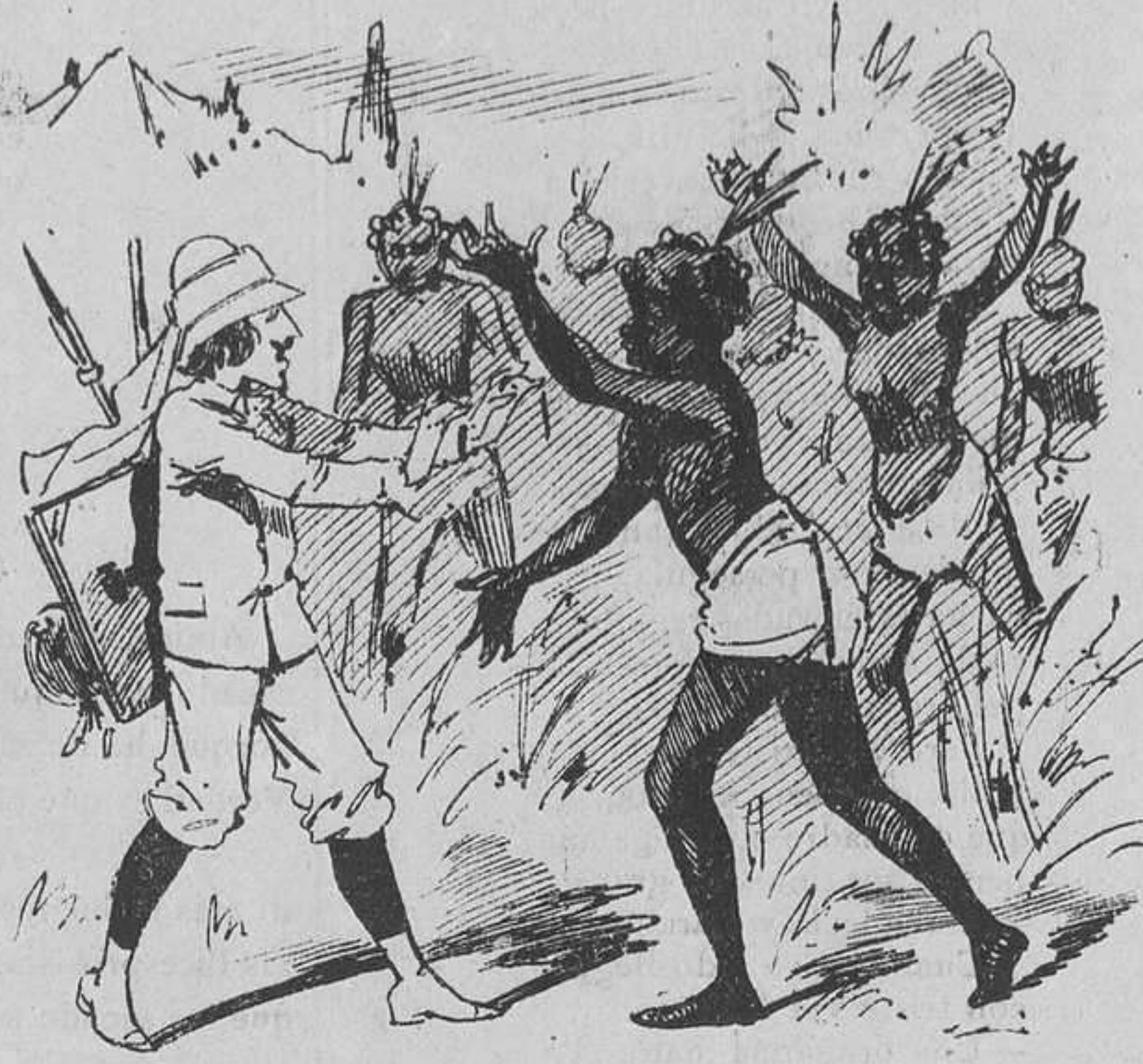
Á la mujer bonita que da en la tema de ser escritora sin tener temperamento artístico, ni chispa, no hay na la que la duela tanto como que la

VIAJES EXTRAORDINARIOS

IX



Yo, haciendo de tripas corazón, emprendí la marcha con mi nueva familia.



Pero llegó la hora del hambre, empezaron a gritar mis negras, y ésta fué la más negra.



El asunto tomaba mal aspecto; tuve que defender al camello de los dientes de aquellas fieras,



que sólo se calmaron con la promesa formal de que había de cazar algo inmediatamente.



Quedaron, pues, esperándome, y yo me aventuré por el bosque,



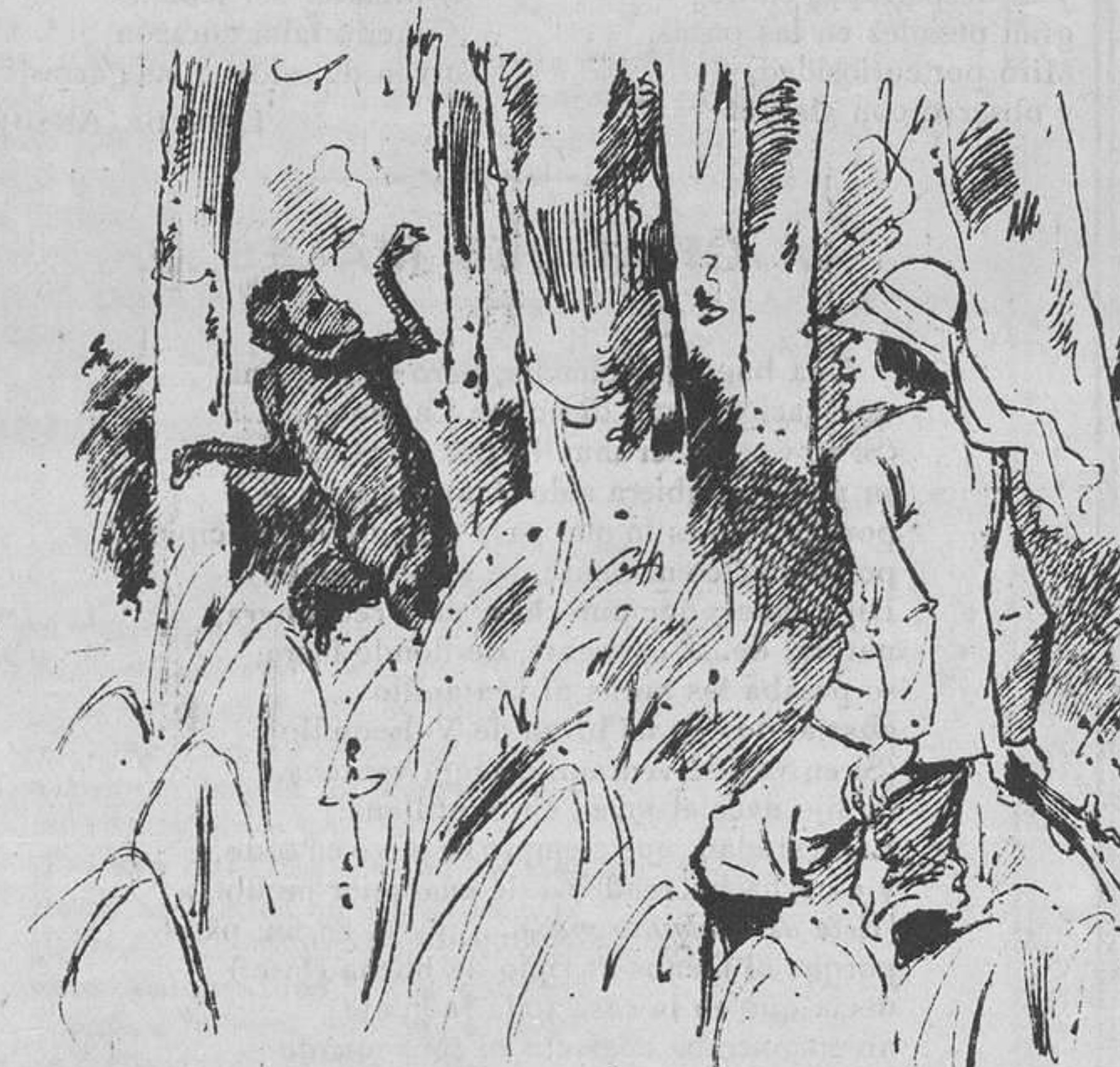
donde, por más señas, apenas podía dar un paso.



De pronto oí ruido en la copa de un árbol,



y figurándome que le produciría algún pajarraco comestible, hice fuego al bulto,



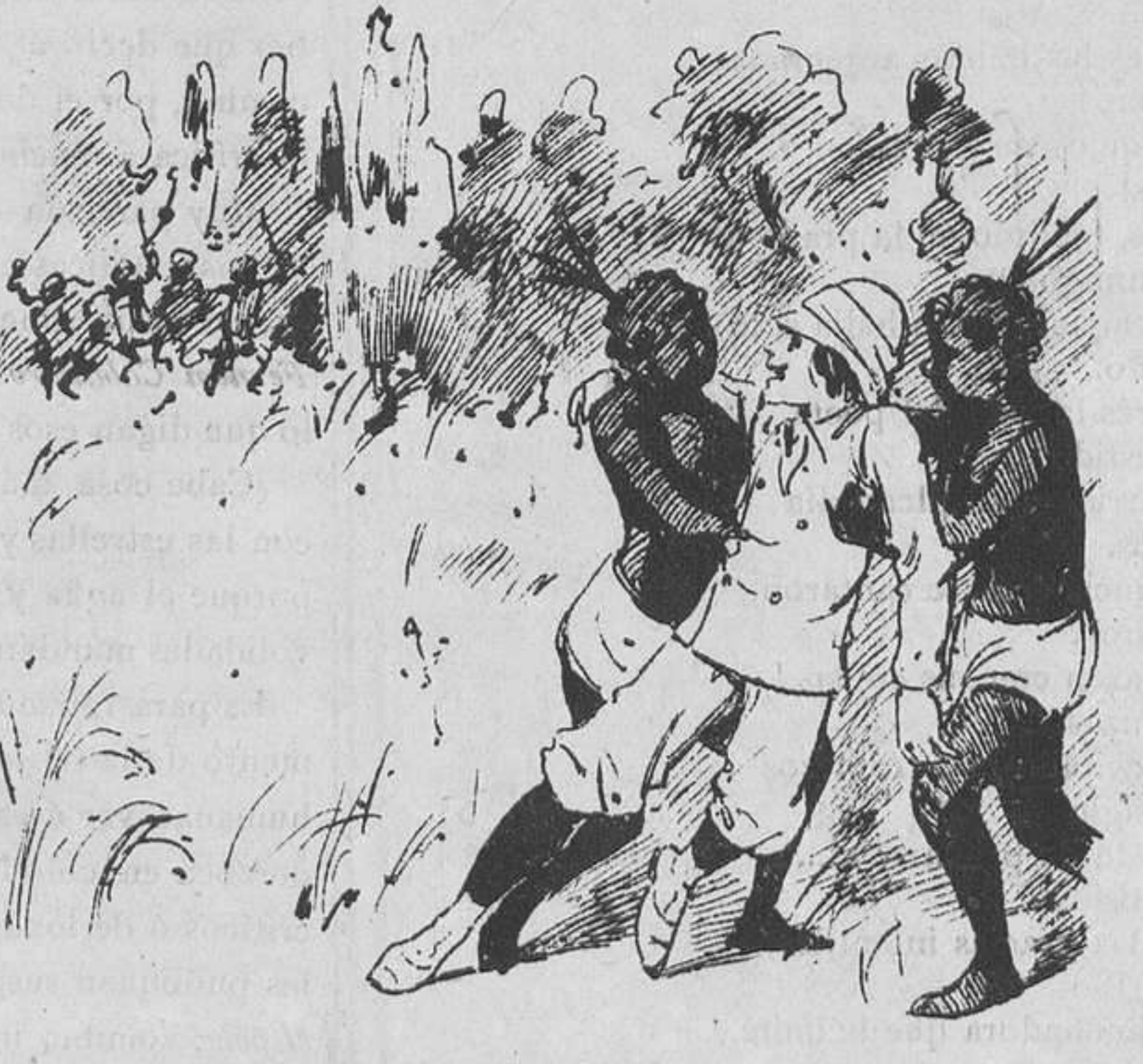
que resultó ser un mono que cayó herido y empezó a dar gritos espantosos.



Yo, francamente, tuve miedo,



que, como se ve, no era injustificado.



Perseguido por la feroz banda de monos, caí rendido de fatiga en los brazos de mis apreciables consortes.



Mis perseguidores, al verias, empezaron a dar saltos de frenética alegría,



me molieron á palos,



y huyeron hacia la selva, llevándose las quince mujeres..... ¿Para qué? ¡Dios mío!

celebren en su calidad de hembra *exclusivamente*, haciendo caso omiso de sus literaturas. Siempre se desprecia lo que se tiene, á cambio de aquello que para nada nos sirve, y por lo cual en vano luchamos un día y otro. La rubia quisiera ser morena, la casada viuda, y á la inversa. ¡Oh, eterno descontento humano, fuente inagotable del arte!

Con muchas de ustedes pasa lo que pasaba con Don Quijote, cuyo sano juicio era notorio siempre y cuando no le hablasen de caballerías andantescas, tema cuya sola mención bastaba para hacerle perder la chabeta, como se dice. Á muchas de ustedes da gusto tratarlas, porque son listas, vivarachas y graciosas. Me refiero á las literatas jóvenes. De las viejas no hay que hablar. Para esas.... ¡dinamita! y me quedo corto. Pues bien, cogen ustedes la pluma, á guisa de aguja, se ponen á escribir como si zurciesen calcetas, y es cosa de hacer el baúl,

«marcando el rumbo hacia remotos climas!»

¡Cuánta frivolidad, cuánto lirismo histérico, cuánta metáfora floribunda y empalagosa! ¡Qué ausencia de sangre, de nervios, de músculos.... en una palabra, ó más exactamente, en dos, de temperamento literario! Diríase que escriben con agua chirle. Pero esta anemia mental, esta caquexia psíquica, no es patrimonio exclusivo del sexo á que usted pertenece. Hay literatos barbudos, y muy barbudos (ganas me están entrando de citar aquí una lista), en cuyos escritos se advierten los mismos síntomas de esa enfermedad que se manifiesta bajo distintas formas y con diversidad de caracteres. Lo que me advertía un mi amigo, médico:—El crítico literario moderno debe estudiar fisiología y patología. Los más, por no decir todos, de esos literatos presuntuosos, alocados (tan ingeniosamente estudiados por *Clarín* en su artículo *Los grafomanos*), inacabable pasto de la crítica satírica, no son sino casos patológicos. Estúdiense desde el punto de vista médico-social, enciérreseles en manicomios ó casas de salud, y al cabo de algún tiempo, el prescrito por el alienista....—Volverán á las andadas—exclamé yo. ¡El literato que dice á ser malo, hasta la sepultura! Genio y figura....

Ya usted ve: usted es una mujer esplendorosa, si las hay. ¿Quién, que tenga ojos y sepa lo que es estética, podrá negarlo? Pero hay en usted algo de aquella *Fedora* que pinta Balzac en *La piel de zapa*, novela que, de seguro, conocerá usted. Mira usted con suprema frialdad á los hombres; les oye usted sus galanteos, sus declaraciones de amor; pero nada más. Ni en sus ojos, negros como la tinta, cuando es negra, chispean las luces húmedas en que se enciende el deseo; ni en sus mejillas, levemente sonrosadas, como el antro de un caracol, culebrea el gusanillo abrasador de la pasión genésica que en invisibles serpenteos bulle y se dilata en nuestra sangre, y late en nuestras sienes; ni en su corazón, mudo y frío como el fondo de un sepulcro, aúllan sordamente los celos; ni sus labios, rojos y frescos como la pulpa de una sandía, tiemblan, con los temblores de una cuerda que vibra, en demanda de calenturientos besos.... ¡Y yo que no busco en la mujer sino amor.... hasta cierto punto, porque todavía tengo la debilidad de creer en algo! ¡Ah, unas buenas formas me vuelven loco!

Mientras usted me lee alguna de esas odas, de la familia de las de Cánovas, al sol ó á la luna, ¿en qué se figura usted que estoy pensando? Cuando yo la miro, mientras usted declama, ¿á que no adivina usted en lo que tengo puestos los ojos? Claro, así es que nunca me entero de lo que usted me lee, y sin darme cuenta, la contesto:—¡Ah, qué hermoso es eso! ¡Si yo pudiera!.... ¿No ha parado usted mientes en los ojos de novillo moribundo que pongo cuando usted me da la mano, y la veo á usted alejarse con esos andares gentiles y voluptuosos de cierva jadeante? Usted me tiene *desorbitado*, como dice Pompeyo Gener, que sabrá mucho, no lo dudo, pero ¡se gasta una prosa!....

No atribuya usted á descortesía estas líneas, trazadas al calor.... de la lámpara que me alumbraba. De algún medio tengo que valerme para que usted me deje tranquilo. ¿No puede ser? Resignación. ¡Adiós para siempre! (Lamentos, sollozos y suspiros.) (1)

FRAY CANDIL.

APLICA EL CUENTO

¿Que el mundo te llama tonto por ser bueno, y que has pensado sentar plaza de malvado? Pues, Juan, lo has dicho muy pronto... Como convencerte intento del mal camino que escoges aunque del cuento te enojas, te voy á contar un cuento. Con triste y doliente queja que hondos afanes mostraba,

una vez se lamentaba de esta manera una oveja: —¡Qué suerte la suerte mía! Aunque repiten que valgo mucho, en este dicho hay algo de sarcástica ironía; porque lo cierto es que estoy bajo el poder de un gañán, y palos todos me dan no obstante que yo les doy

de buen grado cuanto puedo....
¡Si el mundo entero me humilla!
La razón es muy sencilla:
¡sabe que le tengo miedo!
Y en esta ruin sociedad de gentes sin corazón, el que no nace león es mártir de su humildad. Ruge aquél en el desierto, escarba en la dura tierra, y el orbe todo se aterra, y el hombre se da por muerto; y se arrastra, cual reptil, para el peligro cobarde, mientras la fiera hace alarde de su fuerza en el cubil. Ante lo altivo, el desmayo; ante lo humilde, la risa....
¡Siempre el hombre el polvo pisa y se descubre ante el rayo!....
¡Ah! ¡Si una transformación todo á variarlo viera, y yo un día dispusiera de las garras del león! Y tras la queja sentida que claramente refleja la ambición de aquella oveja, quedóse, por fin, dormida.

II

Soñando cosas muy gratas toda la noche pasó, y al despertarse, sintió gran pesadez en las patas. Miró por curiosidad, y observó con alegría

que su sueño ya se había convertido en realidad: que el cielo en esta ocasión oyó sus dolientes quejas, y la adornó con guedejas y con garras de león. El animal, complacido de aquel cambio de un momento, como en señal de contento quiso ensayar un balido, que en el monte resonó con estruendo formidable.... El cambio era tan notable que, en vez de balar, rugió. Y temiendo por su vida se estremecen los pastores, y entre dudas y clamores organizan la partida; y al verlos después correr hacia el sitio donde está, la oveja se siente ya del todo desfallecer.... Quiere huir, pero sus patas se resisten á avanzar; puede, al fin, un salto dar.... y se enreda en unas matas. Llega la gente aturdida, y al ver su terrible empeño, maldice la oveja un sueño que le hace perder la vida....

Mira pues, Juan, que desbarras al intentar ser león....
¡Cuando falta corazón, sirven de estorbo las garras!

LUIS DE ANSORENA.

A GRANDES MALES....

Una buena muchacha, pero muy buena, que nació, según dicen, en Cartagena.... (Si en vez de ser muy buena fuera muy mala, su pueblo hubiera sido Zamarramala; porque esto es lo que pasa cuando al principio, por hallar consonante, se saca un ripio.) Digo, pues, que una chica muy retrechera, natural de.... corriente, de donde fuera, se pasaba las horas al ventanillo charlando con un joven de Valsequillo. (Si en vez de ventanillo fuera ventana, de fijo nace el joven en Santillana.) La vecindad, que siempre se mete en todo, y escucha y escudriña de cualquier modo.... (Este *de cualquier modo*.... ¡pero, en fin, pasel porque al menos es ripio de buena clase.) decía que en la casa toda la gente no encontraba correcto ni conveniente que la chica de.... bueno, de donde fuera, tuviera relaciones en la escalera; y una señora viuda de un zapatero, que tenía pupilos en el tercero.... (¡Si llega á ser la viuda de un retirado, pongo á los infelices en el tejado!) dijo no sé qué cosas á la portera con toda su energía de pupilera, y el dueño de la casa supo enseguida que había una pareja muy atrevida que haría de seguro mil desatinos.... ¡y que ya se cansaban los inquilinos!

Pues, señor, es el caso que fué el casero con propósito firme de ser severo y de echar un discurso breve y sencillo á la preciosa joven del ventanillo.

Le recibió en el acto la interesada, dulce como el susurro de la enramada y hermosa como el cielo de Andalucía.... (No me sale de dentro la poesía.)

Lo cierto es que la chica de.... Cartagena era una buena moza, ¡pero muy buena! y tenía en los ojos un atractivo que por indescriptible no lo describo....

Total: por la denuncia de la portera, ya no pasea el novio por la escalera.... ¡Se salió con la suya la del tercero! Nadie ve á la vecina.... mas que el casero....

SINESIO DELGADO.

(1) De hoy más, ¿podré contar con usted en el número de mis enemigos? Así lo espero.

UNA VENGANZA



I
Yo no sé por qué motivo
—que eso la historia lo omite—
agarráronse una tarde
á luchar como dos tigres
don Enrique Villanueva
y don Felipe Rodríguez;
pero ¡qué importa la causal....
Lo que sí la historia dice
es que resultaron ambos
con chirlos en las narices.

Y no hubo más desperfectos,
porque, al ver que iba de firme
la cuestión, varios amigos
que se encontraban *al quite*,
consiguieron separarlos
con un trabajo indecible.

Mas no acabó en esto todo:
también las crónicas dicen
que, en cuanto se vió sujeto
y sin poder desasirse,
«¡Me he de vengar algún día!»
dijo irritado Rodríguez;
y lo dijo con tal furia,
que aquella frase terrible
quedó fija en la memoria
del atolondrado Enrique,
de igual modo que si en ella
la grabaran con buriles.

Pasó un mes.... en sus oídos
aún con persistencia horrible
resonaba aquella frase;
mas lo que llegó á afligirle
fué—¡también el caso es raro!—
que al fin no supo decirse
si fué él mismo el que la dijo,
ó si la dijo Felipe.

Y Enrique, que ya tenía
algo con que *divertirse*,
pues le dió Dios una hermana
con quien solamente vive,
que es soltera, y tiene un genio
que ni el diablo lo resiste,
después, tuvo lo bastante
con si fué él ó fué Rodríguez
el que vengar prometiera
el chirlo de sus narices.

II

Una noche, al retirarse
muy tarde á su casa, Enrique
advirtió que ésta se hallaba
muy solitaria y muy triste;
no obstante, entró en su despacho
y.... sujeta con el timbre,
halló la siguiente carta
sobre el hule del pupitre:

«Harta de vivir contigo,
que eres un hombre insufrible,
me decido á abandonarte
para seguir á Rodríguez,
de quien voy á ser esposa
en cuanto entremos en Chile.
¡Adiós! ¡No quiero que digas
que me fuí sin despedirme!»

Acabada la lectura,
se apoyó sobre el pupitre,
y acordándose de *aquello*,
dijo:—¿Se va con Felipe?
¡Qué demonio! Pues entonces
ya no hay duda. ¡Yo lo dije!

FERMÍN GIL DE AINCILDEGUIL.

¡CÓMO CAMBIAN LOS TIEMPOS!

Duerme—la dije; me asió la mano;
cerró los ojos; lanzó un suspiro;
el aura pura de la mañana
posó en su frente, besó sus rizos.
¡Qué hermosa estaba cuando dormía!....
Yo tuve celos del cefirillo,
y absorto en ella, sin despertarla,
sobre sus labios posé los míos.
¡Fuí Rey del Orbel! ¡Vi de los cielos
hasta las gradas del peristilo!....
¡Dios de los dioses, creé otro mundo
nacido al soplo de hondo suspiro!
Vuelta á la vida, nuestras miradas
se confesaron nuestro delito;
tiñó de grana su faz de nácar,
y sin hablarnos nos comprendimos.
Y hoy, que pasaron felices tiempos
de interesante romanticismo,
digo, si á solas pienso en el lance:
—¡Cuántas bobadas se hacen de chico!

JULIO DE LAS CUEVAS.



Sr. Alcalde.... (y usted dispense).

¿Usted sabe dónde está la calle de Torrijos? Yo sí, porque tengo que pasar por ella; es decir, porque no puedo pasar por ella. Aquello es un lodazal inundo, indigno de Madrid, sin afirmado, sin aceras, con faroles de aceite.... Baste decir á usted que ni en coche se puede cruzar aquel *pié-lago inmenso* de lodo. Los vecinos tienen que buscar senderillos casi impracticables, y los carruajes *tenían* que meterse por una especie de paseo que no era paseo ni Cristo que lo fundó.

Estos días aquello se puso imposible, y ¡figúrese usted la alegría con que veríamos que llegaban dos empleados del Ayuntamiento con *picos, palas y azadones!*.... ¿Y á qué no sabe usted á qué venían? ¡A abrir grandes zanjas en el susodicho paseo, para impedir el paso de los coches y facilitar los porrazos de la *infantería!*

Es decir, que el Ayuntamiento no sólo no se cuida de abrirnos paso, sino que cuando nosotros le buscamos, viene y nos le tapa.

Lo de la calle Peninsular se ha quedado en mantillas....

¡Usted, por lo que se ve, quiere que le zumben los oídos!



La Sociedad Central de Horticultura ha empezado á quejarse en los periódicos de que el Ayuntamiento imponga ciertas condiciones para que se celebren las Exposiciones de Flores, que tanto influyen en el porvenir de los pueblos y en la salud de los ciudadanos.

¿Y saben ustedes dónde se han celebrado esas Exposiciones? Pues en el Retiro, en un gran espacio de terreno que la Sociedad acotaba, cerraba y echaba á perder á su antojo, cobrando luego un par de pesetitas por la entrada.

Es decir, que el pueblo madrileño cedía un pedazo de su finca, y luego pagaba por entrar en ella.... ¡Una finca que está usufructuando todo el mundo!

Comprendo que se queje la Sociedad.

Pero comprendo mejor que el Ayuntamiento se niegue á ciertas pretensiones.



Lean ustedes, para olvidar las amarguras de la vida, esos versos que me remiten de Valencia, y que pertenecen á un sereno.... (¿Y cómo no?)

«Le suplica á su vecino
que felicite las Pascuas
con el más fino cariño
San Jorge y Barcelonina
señores, soy vigilante
y me presento delante
del vecino y la vecina.»

¿Eh?

¡Y luego nos quejamos de que escriban comedias los apuntadores!



Nuestro querido amigo y colaborador D. Joaquín Miranda ha fallecido en Madrid el día 1.º de Diciembre, á los diez y nueve años de edad.

Reciba su distinguida familia nuestro sentido pésame. El Sr. Miranda era un joven de verdadero ingenio, que empezaba su carrera literaria bajo auspicios brillantes.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El Rana.—¡Ah! Pero ¿quiere usted que nos parezcan buenas las barbaridades? El *versillo* ése, como usted dice, ni es versillo, ni decente, ni nada. ¿*Ves, Gorgonio?*—Cómo no te salen sin incorrecciones?....

Paco.—Usted me dice que le conteste si no sirven. Pues bien, hé aquí que le contesto.

Sr. D. M. M.—Sevilla.—Es lástima que tengan los defectos que usted mismo indica, porque están versificadas admirablemente y pensadas con verdadera inspiración. Es usted un buen poeta. Es fácil que aproveche alguna.

Sr. D. E. F.—Madrid.—¡Diablo! Descuida usted demasiado los consonantes y la medida; es decir, lo descuida usted todo.

Osnofeldi.—Y usted lo descuida más todavía. Lo que se dice no ocuparse de ello para nada.

Sr. D. F. G.—Almería.—Sí, señor; iba con usted. Esta también sirve. Y todo lo que usted hace. (Se presenta buena semanita.)

Sr. D. P. E.—Granada.—Bien hecha, pero muy diluido el asunto, y resulta pesada por consiguiente.

Sr. D. J. O.—Barcelona.—Nos juzga usted mal. Se remitió el número pedido; se ha vuelto á enviar, en vista de su reclamación, y se mandará cien veces si es preciso, hasta que usted lo reciba. Pero nada de fijarse en céntimos.

Auresco.—No; eso no es verso.

El chulo del calcetín.—Me parece bastante malo, porque no se sabe si es serio ó es broma. Pero se sabe que es mediano.

Ramsés.—*Suyo y orgullo.*.... En fin, que no podemos pasar adelante.

Chinchinito.—Tiene gracia; pero está mal explicado.

Don Yo.—Empezar en serio y acabar con una salida de tono.... pasó de moda.

Sr. D. L. E. de F.—¡Qué bonito es! ¡Venga la firmaaaaa!....

Lagartijo.—Nada; no sirve nada.

K. T. Q. Meno.—No versifica usted mal, pero no cuida los asuntos.

Pepe Botella.—¡Calle usted, picarillo, que eso es más viejo que usted!

Sr. D. J. M. A.—Madrid.—El cpigramita en cuestión es poca cosa. De seguro que usted mismo no lo duda ni por un momento.

Sr. D. D. T.—Güines.—Paciencia; todavía me trata demasiado bien para lo que me merezco.

Sr. D. J. F. del C.—Madrid.—Dígole yo á usted que versifica con mucha soltura y que puede hacer algo bueno.

Dos poetas.—Quedo reconocidísimo á los aplausos; pero ¡ay! eso no es cosa publicable.

Un aspirante.—Los dos epigramas tienen el defecto de carecer de *chispa*.

Ignacio.—¿Qué quiere usted? Percances de la vida. Ha formado usted de mí una opinión que me favorece. Porque yo valgo menos todavía.

Chacorro.—¡No! No mande usted la continuación. ¿Para qué?

Sr. D. R. N.—Córdoba.—Mala.

Cero.—No está mal del todo, ¿eh? Pero no es publicable. ¡Eso no!

Sr. D. J. P.—Madrid.—¡Caramba! Hay endecasílabos que no lo parecen.

Federal.—¿Quiere usted firmar el segundo?

Sr. D. A. M. L.—Montilla.—Se recibió. Gracias por todo.

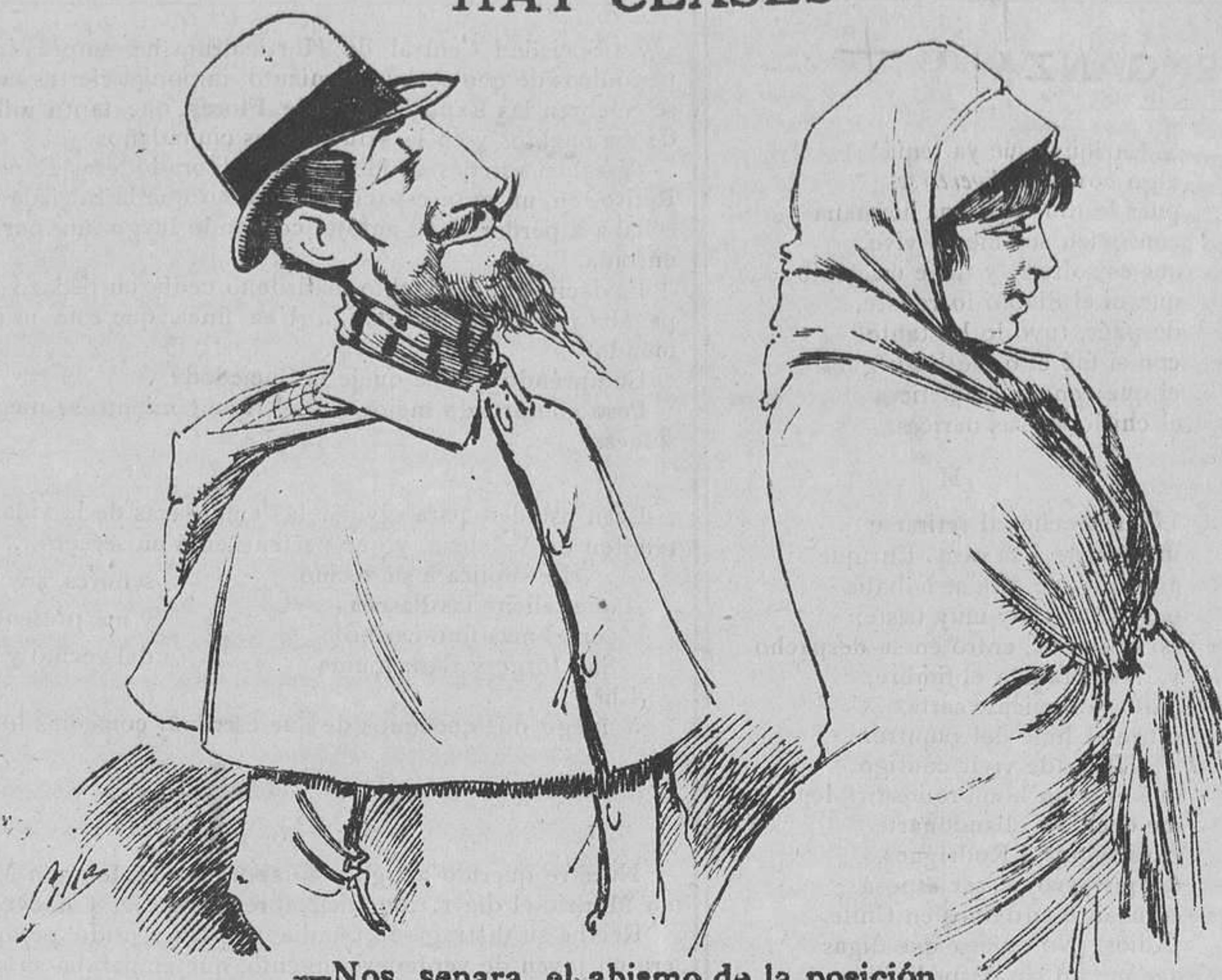
B.º V.º—¡Vaya si se lo publicaré á usted si es bueno! ¡Y oro molido!

Sr. D. B. L.—Madrid.—*Ainda mais* de la vulgaridad del asunto.... ó los asuntos, no es tan correcta como usted cree, porque, por ejemplo, el verso «que en este período tan crítico»

tiene más de ocho sílabas. ¡Me parece! Sin contar las trasposiciones, frases retorcidas, versos duros, *et sic de ceteris.*

MADRID, 1888.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934

HAY CLASES



—Nos separa el abismo de la posición.
De lo contrario, yo me dignaría amar á
esta pobre muchacha.

TIT. V. FAURE.—POSTIGO S. MARTIN, 11 Y 13.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 3,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de Paris de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA COMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.